

# Serie La Vida de Oración de Jesús

- Jesús enseña el Padrenuestro a sus Discípulos -

Julio 6, 2022

*“Mas líbranos del mal” “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”*

(Mateo 6:13).

## LA SÉPTIMA PETICIÓN

*“Mas líbranos del mal” (Mateo 6:13).*

Esta séptima petición nos lleva al final de la parte suplicante de la oración del Señor. Las cuatro peticiones para la provisión de nuestras propias necesidades son por la gracia que provee (“dánoslo”), la gracia que perdona (“perdónanos”), la gracia que evita (“no nos metas”) y la gracia que preserva (“líbranos”). Debemos observar con detenimiento que en cada caso el pronombre está en plural y no en singular nosotros y nuestro, no yo y mi. Porque debemos suplicar no solo por nosotros sino por todos los miembros de la familia de la fe. De qué manera tan hermosa demuestra esto el carácter familiar de la oración verdaderamente cristiana. Porque nuestro Señor nos enseña a dirigirnos al “Padre nuestro”, y abarcar a todos sus hijos en nuestras peticiones. En el pectoral del sumo sacerdote estaban inscritos los nombres de todas las tribus de Israel un símbolo de la intercesión de Cristo en lo alto. Así también, el apóstol Pablo exige “súplica por todos los santos” (Efesios 6:18).

*El amor propio silencia la compasión y nos confina a nuestros propios intereses; pero el amor de Dios derramado en nuestros corazones nos hace solícitos en nombre de nuestros hermanos.*

“Mas líbranos del mal”. No podemos estar de acuerdo con los que aquí restringen la aplicación de la palabra mal solo al diablo, aunque sin duda principalmente se dijo por él. El griego puede, con igual propiedad, ser traducido como el maligno o lo malo; de hecho, se traduce de ambas maneras. Se nos enseña a orar por la liberación de todas las clases, grados y ocasiones del mal; de la malicia, el poder y la sutileza de los poderes de las tinieblas; de este mundo malvado y todas sus seducciones, trampas y engaños; del mal de nuestros propios corazones, que pueda ser reprimido, dominado y finalmente extirpado; y del mal del sufrimiento... (Thomas Scott). Por lo tanto, esta petición expresa un deseo por ser liberado de todo lo que es realmente perjudicial para nosotros y especialmente del pecado, que no tiene nada bueno.

Es cierto que en contraste con Dios, que es el Santo, Satanás es designado como “el maligno”. Sin embargo, también es cierto que el pecado es lo malo (Romanos 12:9), el mundo es malo (Gálatas 1:4) y nuestra propia naturaleza corrompida es mala (Mateo 12:35). Además, las ventajas que el diablo gana sobre nosotros son por medio de la carne y el mundo, porque ellos son sus agentes. De esta manera, esta es una oración por la liberación de todos nuestros enemigos espirituales. Es cierto que hemos sido librados de “la potestad de las tinieblas” y hemos sido trasladados al reino de Cristo (Colosenses 1:13) y que, como consecuencia, Satanás ya no tiene ninguna autoridad legal sobre nosotros. Sin embargo, nuestro adversario ejerce un poder impresionante y agobiante: aunque no nos gobierna, se le permite molestarnos y acosarnos. Agita a los enemigos para que nos persigan (Apocalipsis 12, 13), incita nuestras lujurias (1 Crónicas 21:1; 1 Corintios 7:5) y perturba nuestra paz (1 Pedro 5:8). Por lo tanto, orar debe ser nuestra necesidad y deber constantes para que seamos librados de él.

La estratagema favorita de Satanás es incitarnos o conducirnos engañosamente a una prolongada autoindulgencia en algún pecado al que estemos particularmente inclinados. Por lo tanto, tenemos que estar en oración constante para poder mortificar nuestras corrupciones naturales. Cuando el diablo no puede hacer que alguna lujuria repugnante tiranice a un hijo de Dios, trabaja para que cometa algún acto malvado por el cual el nombre de Dios sea deshonrado y su pueblo ofendido, como lo hizo en el caso de David (2 Samuel 11). Cuando un creyente ha caído en pecado, el diablo busca que esté cómodo ahí para que no sienta ningún remordimiento. Cuando Dios nos castiga por nuestras faltas, Satanás lucha para que nos inquietemos en contra del castigo de nuestro Padre o bien para llevarnos a la desesperación. Cuando falla en estos métodos de ataque, entonces agita a nuestros amigos y parientes para que se nos opongan, como en el caso de Job. Pero cualquiera que sea su línea de ataque, la oración por la liberación debe ser nuestro recurso de todos los días.

“Mas líbranos del mal”. Esta es una oración, en primer lugar, que pide por la iluminación divina, para que podamos detectar las maquinaciones de Satanás, que puede transformarse en un ángel de luz y es demasiado sutil para que la sabiduría del hombre le pueda hacer frente. Solo cuando el Espíritu misericordiosamente nos ilumina podemos discernir sus trampas. En segundo lugar, esta es una oración por la fuerza para resistir los ataques de Satanás porque es demasiado poderoso para que nosotros lo resistamos en nuestras fuerzas. Solo a medida que el Espíritu nos dé energías vamos a ser librados de ceder voluntariamente a la tentación o de deleitarnos en los pecados que cometemos. En tercer lugar, es una oración por la gracia para mortificar nuestras lujurias, porque solo en la medida en que demos muerte a nuestras propias corrupciones internas seremos facultados para rechazar incitaciones externas para pecar. No podemos solo echarle la culpa a Satanás mientras le damos licencia al mal que hay en nuestro corazón. La salvación del amor al pecado siempre precede a la liberación de su dominio. En cuarto lugar, esta es una oración por el arrepentimiento cuando sucumbimos. El pecado tiene la tendencia fatal de embotar nuestras sensibilidades y endurecer nuestros corazones (Hebreos 3:13). Únicamente la gracia divina, puede libranos de la indiferencia descarada y obrar en nosotros una tristeza piadosa por nuestras transgresiones. El término “líbranos” implica que estamos muy

sumergidos en el pecado, como un animal que está atascado en el fango y debe ser sacado por la fuerza. En quinto lugar, es una oración para que se quite la culpa de la conciencia. Cuando el verdadero arrepentimiento se ha comunicado, el alma se inclina con vergüenza delante de Dios; no hay alivio hasta que el Espíritu nuevamente rocía la conciencia con la sangre purificadora de Cristo. En sexto lugar, es una oración para que seamos librados del mal a fin de que nuestras almas sean restauradas otra vez a la comunión con Dios. En séptimo lugar, es una oración para invalidar nuestras caídas para su gloria y para nuestro bien perdurable. Tener un deseo sincero por todas estas cosas es una señal del favor de Dios.

Debemos esforzarnos para practicar lo que oramos. Nos burlamos de Dios si le pedimos que nos libre del mal y después jugueteamos con el pecado o nos precipitamos imprudentemente al lugar de la tentación. La oración y el celo nunca deben separarse. Nuestro cuidado especial debe ser mortificar nuestras lujurias, no hacer ninguna provisión para la carne, evitar cualquier especie (o forma) de mal, resistir al diablo firmemente en la fe, no amar al mundo ni las cosas que están en él. Cuanto más la santa Palabra de Dios forme nuestro carácter y regule nuestra conducta estaremos más capacitados para vencer el mal con el bien.

~ Trabajemos diligentemente para tener una buena conciencia .

~ Tratemos de vivir cada día como si supiéramos que será nuestro último día sobre la tierra.

~ Pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba. Después podemos orar con toda sinceridad: “mas líbranos del mal”.

## LA DOXOLOGÍA

*“Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:13).*

Este modelo para los adoradores divinos concluye con una doxología o atribución de alabanza para Aquel a quien se le destinó, lo que da evidencia de la *unidad* de la oración. Aquí Cristo les enseñó a sus discípulos no solo a pedir por las cosas necesarias para ellos, sino a atribuirle a Dios lo que es propiamente de él. La acción de gracias y la alabanza son una parte esencial de la oración. Esto se debe tener en cuenta particularmente en toda la adoración pública, porque lo que Dios se merece es la adoración. Sin lugar a dudas, si le pedimos a Dios que nos bendiga, lo menos que podemos hacer es bendecirlo. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” exclama Pablo (Efesios 1:3). Pronunciar la bendición sobre Dios es solo el eco y la respuesta inmediata de su gracia hacia nosotros. La alabanza ferviente, como la expresión de los afectos espirituales elevados, es el lenguaje correcto del alma que está en comunión con Dios.

Las perfecciones de esta oración como un todo, y la maravillosa plenitud de cada frase y palabra que se encuentran en ella, no se perciben con un vistazo rápido y descuidado sino que solo se hacen evidentes con una meditación reverente. Esta doxología puede considerarse por lo menos de una manera triple: (1) como una

expresión de alabanza santa y gozosa; (2) como una súplica y un argumento para insistir en las peticiones; y (3) como una confirmación y declaración de confianza de que la oración va a ser escuchada. En esta oración nuestro Señor nos da la quintaesencia de la verdadera oración. En las oraciones que el Espíritu compuso en el salterio del Antiguo Testamento, la oración y la alabanza continuamente están unidas. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo da la siguiente instrucción autoritativa: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, *con acción de gracias*” (Filipenses 4:6). Todas las oraciones de los santos eminentes, que están registradas en la Biblia, están mezcladas con la adoración de Aquel que habita entre las alabanzas de Israel (Salmos 22:3). En este modelo de la oración, se hace a Dios tanto el Alfa como la Omega. Comienza cuando nos dirigimos a él como nuestro Padre que está en los cielos, y termina cuando lo alabamos como el glorioso Rey del universo.

“Porque tuyo es el reino”. Estas palabras establecen el derecho y la autoridad universales que Dios tiene sobre todas las cosas, y por los cuales dispone de ellos de acuerdo a su voluntad. Dios es el supremo soberano en la creación, la providencia y la gracia. Él reina sobre el cielo y la tierra, y todas las criaturas y las cosas están bajo su absoluto control. Las palabras “y el poder” se refieren a la suficiencia infinita de Dios para ejecutar su derecho soberano y llevar a cabo su voluntad en el cielo y en la tierra. Ya que es todopoderoso, tiene la capacidad de hacer lo que le plazca. Nunca se adormece ni se fatiga (Salmos 121:3, 4); nada es demasiado difícil para él; nadie lo puede detener. Todas las fuerzas que se oponen a él y a la salvación de la iglesia las puede derrotar, y así lo hará. La frase, “y la gloria”, expone su excelencia inefable: ya que tiene la soberanía absoluta sobre todo y el poder inconmensurable para disponer de todo; por lo tanto, toda la gloria le pertenece. La *gloria* de Dios es la gran meta de todas sus obras y caminos y siempre es celoso de su gloria. A él le pertenece la gloria exclusiva de ser el que responde la oración.

“Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”. ¡Qué *aliento* encontramos aquí! Sobre todo, dos cosas inspiran la confianza en Dios en la oración: darnos cuenta de que él está dispuesto y que él puede responderla. Ambas se dan a entender aquí. Que Dios nos mande, por medio de su Hijo Jesucristo, que nos dirijamos a él como *nuestro Padre* es una señal de su amor y una certeza del cuidado que tiene por nosotros. Pero Dios también es el Rey de reyes y tiene un poder infinito.

“Por todos los siglos”. Qué marcado es el contraste entre el reino del Padre, su poder y su gloria, y el dominio efímero y la gloria fugaz de los monarcas terrenales. El glorioso Ser al que nos dirigimos en oración es “desde el siglo y hasta el siglo... Dios” (Salmos 90:2). Jesucristo, en quien se revela y por medio de quien se ofrece la oración, es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Cuando oramos correctamente, vemos más allá del tiempo en la eternidad y medimos las cosas presentes en relación con el futuro. ¡Qué solemnes y expresivas son estas palabras, *por todos los siglos!*

- ~ Los reinos terrenales menguan y desaparecen.
- ~ El poder de la criatura es insignificante y momentáneo.

- ~ La gloria de los seres humanos y de todas las cosas mundanas desaparece como un sueño.
- ~ Pero el reino, el poder y la gloria de Jehová no son susceptibles ni al cambio ni a la depreciación y no van a conocer el fin.
- ~ Nuestra bendita esperanza es que cuando el primer cielo y la primera tierra hayan pasado, el reino y el poder y la gloria de Dios serán conocidos y adorados en su maravillosa realidad por toda la eternidad.

“Amén”. Esta palabra sugiere las dos cosas que se necesitan en la oración, a saber, un *deseo* ferviente y el ejercicio de la *fe*. Porque la palabra hebrea *amén* (muchas veces traducida “en verdad” o “verdaderamente” en el Nuevo Testamento) quiere decir “que así sea” o “así será”.

Este doble significado de súplica y esperanza se da a entender claramente en el uso doble de *amén* en Salmos 72:19: “Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”. Dios ha determinado que así será y toda la iglesia expresa su deseo: “Que así sea”. Este “amén” pertenece y se aplica a cada parte y frase de la oración: “Santificado sea tu nombre. Amén”, y así sucesivamente. Al decir *amén* tanto en las oraciones públicas como privadas, expresamos nuestros anhelos y afirmamos nuestra confianza en el poder y la fidelidad de Dios. Es en sí misma una petición resumida y enfática: cuando creemos en la verdad de las promesas de Dios y descansamos en la estabilidad de su gobierno, acariciamos y reconocemos que tenemos nuestra esperanza confiada en una respuesta misericordiosa.

Conclusion de Serie.